

comprar el abrigo de mi techo. Compréndeme, por compasión, y no me insultes.

Hermanos, guardé silencio. Si la hubiese amado, habría hablado sin duda, y quizás ella me habría comprendido.

XI

Creo que me faltaron habilidad y prudencia. Me apresuré, pasé de largo, sin preguntar a Lorenza si me comprendía. Yo, que ignoro la vida, ¿cómo puedo enseñar su ciencia? ¿Qué podría yo poner en práctica, a no ser sistemas, reglas de conducta soñadas a los diez y seis años, hermosas en teoría, absurdas en la práctica? ¿Me basta querer el bien, tender hacia un ideal de virtud, vagas aspiraciones cuyo verdadero objeto es indeterminado? Cuando la realidad se presenta, sé cuán poco se formulan tales aspiraciones, cuán impotente soy para estrecharla o vencerla, por ignorar cómo la habría de coger, y por no poder confesarme siquiera tras qué victoria voy en pos. Una voz me grita dentro de mí que no quiero la verdad; no deseo cambiarla, tornarla en buena de mala que me parece. El mundo que existe continúe tal como está; tengo la osadía de querer crear un mundo nuevo, sin valerme de las ruinas del antiguo. Careciendo así de base, el andamiaje de mis ensueños se viene abajo al menor choque. No soy más que un pensador inútil, amante platónico del bien, merecido por vanos delirios de la mente, cu-

yo poderío se desvanece en cuanto toca a la tierra.

Me sería más fácil, hermanos, dar alas a Lorenza, que darle un corazón de mujer.

Somos niños grandes. No sabemos qué hacer de esa sublime realidad que nos viene de Dios y que menoscamos a nuestro gusto en nuestras fantasías. Somos tan desmañados para vivir, que la vida se hace mala. Sepamos vivir y el mal desaparecerá. Si poseyese el gran arte de lo real, si tuviese conciencia de un paraíso humano, si pudiese distinguir la quimera de lo posible, hablaría, me entendería Lorenza. Sabría que había de reprenderle y qué proponerle como ejemplo. Ciencia delicada que me haría conocer las causas de su caída y dar con un remedio para cada herida de su corazón. Mas ¿qué hacer cuando mi ignorancia levanta una barrera entre ella y yo? Yo soy el ensueño, ella la realidad. Andaremos uno al lado del otro sin encontrarnos jamás, y una vez terminado nuestro camino, ella no me habrá entendido y yo no habré logrado comprenderla.

He pensado volver a comenzar para tomar a Lorenza tal como es y hacerla recorrer la ruta que sus pies humanos le puedan permitir. He querido estudiar la vida con ella, bajar para tratar de subir unidos. Puesto que me es necesario andar a tientas en tan ruda labor, del último peldaño he querido partir.

¿No sería muy señalada recompensa que la indujese a darme todo el amor de que es capaz? Mucho temo, hermanos, que nuestros ensueños no sean más que mentiras; siéntolos pequeños y pueriles ante una realidad de que vagamente me doy cuenta. Días hay en que, más lejos que los destellos y los perfumes, más allá de esas visiones indecisas que no puedo poseer, entreveo los atrevidos contornos de lo que es. Y comprendo que allí está la vida, la acción, la verdad; al paso que, en el

ambiente que me creo, se agita un pueblo extraño al hombre, vanas sombras cuyos ojos no me ven, cuyos labios no pueden hablarme. El niño puede placerse con esos amigos fríos y mudos; teniendo miedo a la vida, se refugia en aquello que no vive. Pero nosotros, hombres, no debemos contentarnos con esa eterna nada. Nuestros brazos han sido creados para abrazar.

Ayer, cuando salí con Lorenza, encontramos una cuadrilla de máscaras, amontonadas en un coche y dirigiéndose al baile, embriagadas, desgredadas y moviendo gran alboroto. Hénos ya en enero, en el mes terrible. La pobre muchacha se conmovió al oír los gritos de sus hermanas. Sonrió y volvió la cabeza para mirarlas por más tiempo. Era aquéllo su alegría de la víspera que pasaba, sus indolencias, su vida loca y tan punzante, que no hay medio de echar en olvido sus abrasadores regocijos. Volvió a casa más triste y se metió en cama, enferma de silencio y de soledad.

Esta mañana he vendido alguna ropa, he ido a alquilar un traje para Lorenza y le he anunciado que iríamos al baile esta misma noche. Se me ha echado al cuello, y luego se ha apoderado del traje y se ha olvidado de mí; ha fijado la vista en cada lazo, en cada lentejuela; impaciente por adornarse, se ha hechado sobre los hombros los jirones de raso, embriagándose con el crujir de la tela. De vez en cuando volvíase hacia mí para darme gracias con una sonrisa. He comprendido que nunca me ha amado tanto, y a punto he estado de arrancarle de las manos aquellos guiñapos, que me valían la estimación que toda mi bondad no ha podido granjearme nunca.

Hacíame entender por fin. Cesaba de ser para ella un ente desconocido, espantoso de austeridad y de aburrimiento. Iba yo al baile como los demás amantes; como ellos, alquilaba disfraces y re-

gocijaba a mis queridas; era un muchacho encantador a quien gustaban, como a todo el mundo, los hombres desnudos, los gritos y las blasfemias. ¡Ah! ¡qué gozo! mi cordura mentía.

Lorenza se ha encontrado en país conocido; ya no ha tenido miedo, ha recabado su libertad de movimientos y ha estallado en risas a boca llena; sus palabras groseras, sus ademanes libres la henchían de bienestar; encontrábase a sus anchas en su desnudez.

Yo lo había querido, mas no sin esperar que un mes de tranquilidad, sin hacer de ella una joven honrada, le habría hecho olvidar un tanto a la pérdida de ayer. Había pensado que, una vez caída la máscara, el rostro que entonces apareciera, mostraría menos marchitos los labios y más rubor en la frente. Pero no; tenía en mi presencia las mismas facciones ajadas, el mismo reír grosero y alborotado. De tal modo había entrado aquella mujer en mi buhardilla, vendiendo su cuerpo por encontrar abrigo y lo mismo la volvía a encontrar, tras haber estado protestando un día y otro día contra la infamia de aquel trato. Nada había aprendido, nada había olvidado, y si sus miradas brillaban con nueva expresión, era debido a la miserable alegría de ver que yo, por último, parecía aceptar en pago su cuerpo. Ante tan extraño resultado, me he preguntado si no sería una burla el probar de nuevo. Yo había querido una Lorenza real, y esta Lorenza, en que sonreía un soplo de vida, me espantaba tal vez más que la tétrica criatura del día anterior. Pero la lucha prometía ser tan reñida, que, en el fondo de mi ser, sentía que mi audacia de veinte años se sublevaba ante mi repugnancia y mi terror.

Al dar las diez, aunque el baile no se abría hasta media noche, Lorenza se ha puesto a vestirse; pronto en la estancia no ha reinado más que el

desorden; el agua, rebotando de la cubeta y chorreando de los trapos mojados, inundaba el pavimento; la espuma de jabón que le caía de las manos, se extendía por tierra en charcos blancuzcos; el peine andaba por el suelo, cerca del cepillo, y las ropas olvidadas sobre las sillas, sobre la chimenea, en los rincones, se calaban en medio de los charcos. Lorenza, para estar más cómoda, se había puesto en cucullas; habíase lavado energicamente, echándose a manos llenas el agua al rostro y en los hombros. El jabón, sucio de polvo, dejábale, a pesar de aquel diluvio, extensas manchas sobre la piel. Entonces, desesperada, me ha llamado en su ayuda.—Tengo la espalda por completo negra—me ha dicho,—y no puedo alcanzar con las manos.

Luego se ha levantado, dando diente con diente, con los hombros colorados, y me ha dado la toalla.

La llave se había quedado en la puerta, y mientras yo pasaba el helado trapo por la nuca de Lorenza, ha entrado Paquerette. Esta vieja aparece así de vez en cuando, en busca de algún tizón, y la lástima que me inspira no me permite echarla de asco.

—¡Ah! mi buena amiga—le ha dicho mi compañera,—ven a ayudarme un poquito. Claudio tiene miedo de hacerme mal.

Paquerette toma el trapo y se pone a frotarla con toda la fuerza de sus delgados brazos. No parecía admirarle aquel desorden ni aquella mujer en cueros; con toda complacencia paseaba sus manos ateridas sobre aquellos hombros frescos aun, envidiando su blancura y pensando en los placeres de antaño. Lorenza, con la cabeza medio ladeada, le sonreía y se estremecía, agitada, jadeante, al súbito contacto de un agua más fría.

—¿Dónde vas hijita?—le ha preguntado la horrible viejecilla.

—Claudio me lleva al baile.

—¡Ah! muy bien hecho, señor—responde Paquerette, deteniéndose y volviéndose hacia mí.

Después, tomando un trapo seco, continúa, sin dejar de enjugar a Lorenza con cariño.

—Pensaba yo esta mañana que ustedes debían de morir de tristeza, encerrados siempre en esta habitación. Es una buena muchacha la que tiene usted aquí, caballero. Conozco más de una que le habría plantado a usted. Vaya, hijita mía, ya estás hecha un sol. No te faltarán galanes esta noche. ¿Es usted celoso?

No he podido contestar. Sonreía maquinalmente, siguiendo con la mirada aquella extraña escena. Una misma idea que se presentaba sin cesar a mi mente, me impedía entender. Era la de un antiguo grabado que había visto no sabía dónde, representando a Venus en su tocado, bañada por unas ninfas y acariciada por unos amorcillos. La diosa se entrega en brazos de sus mujeres, jóvenes y hermosas como ella; la espuma de las ondas es lo único que vela su voluptuosa desnudez; y, allá en la orilla, un viejo fáuno, ante tanta juventud y frescura, olvida sus deseos en muda admiración.

—Es celoso, es celoso—repetía Paquerette, con aguda risa cortada por hipos.—Mejor para ti, hijita mía; más regalos te hará, y le engañarás más fácilmente. Allá en mis tiempos tuve un amante que se parecía a usted mucho, caballero; un poco más pequeño, se me figura; pero los mismos ojos, la misma boca; hasta los cabellos llevaba, como usted, echados para atrás. Me adoraba, me abrumaba a fuerza de caricias y me seguía por doquiera, lo que no impidió que yo le plantase al cabo de ocho días.

Mientras charloteaba, Lorenza se había tapado. Habíase peinado en pie, delante de ella, ha cesado de hablar, contemplando con fervoroso éxtasis los paquetes de cosmético, los tarritos de aceite aromático, perfumería barata comprada en los puestos al aire libre. Al ver que prescindían de mí, he ido a sentarme a un rincón.

El espejo me enviaba sus imágenes; aquellos dos rostros, a pesar de las arrugas del uno y de la relativa frescura del otro, me parecían hermanos, en su común expresión de envilecimiento. Las mismas miradas turbadas por las ardientes noches, los mismos labios deformados bajo brutales caricias. Apenas podía leerse en sus ajadas mejillas el número de años que separaba sus edades. Ambas aparecían igualmente viejas por su desordenada vida por un instante creído amante de Paquerette, y he cerrado los ojos.

Teníanme olvidado. A cada instante cambiaban una palabra a media voz. Lorenza se ponía hecha una furia, y golpeaba el suelo con el pie cuando algunos cabellos rebeldes se obstinaban en no rizarse. Entonces la viejecilla hablaba de sus rubios cabellos de los tiempos que fueron; describía el tocado de las muchachas de entonces, y, para que mejor la comprendiese, Lorenza se arreglaba los pelos grises delante del espejo. Luego eran de oír los elogios sobre la juventud de mi compañera, las quejas sin fin sobre las desazones de la ancianidad. Las arrugas se habían presentado antes del cansancio del cuerpo; de ahí su gran sentimiento por no haber acabado la vida a los veinte años. Hoy le es forzoso vivir sin darse prisa, en silencio y obscuridad, nutriendo celosa admiración por las que todavía pueden envejecer.

Lorenza escuchaba y contestaba con preguntas, diciendo si tal dulce la sentaba bien, como en demanda de nuevos elogios. Después, cuando los ca-

bellos por largo rato atormentados, han estado bien dispuestos, se ha tratado de emprenderla con el afeite del rostro. Entonces Paquerette ha querido poner mano en la obra maestra. Ha puesto rojo y azul sobre muñequitas de algodón en rama y las ha pasado lijeraente por las mejillas y en torno a los ojos de la joven. Ha agrandado los párpados, purificando la frente y llevando la salud a los labios. Y, así como nosotros, pobres soñadores, que revocamos la realidad con colores discordantes y que en seguida clamamos contra la creación, así ella ha quedado maravillada de su obra, sin ver que, a cada instante, su trémula mano barajaba las facciones, exageraba el carnín de la boca y el grandor de los párpados. Puesto en sus dedos, aquel rostro cambiaba horriblemente para mí. En algunos lados tomaba tintes mates y terrosos, mientras que otros relucían frotados de unguento, para fijar el afeite. El cutis, violentado e irritado, parecía hacer muecas; el semblante entero, a la vez rosado y marchito, ostentaba la sonrisa estúpida de las muñecas de cartón. Los tonos eran tan chillones y tan falsos, que herían la vista.

Lorenza, rígida e inmóvil, con la mirada medio vuelta hacia el espejo, se dejaba rejuvenecer con toda complacencia; con la uña borraba los rasgos demasiado delatores. Inclínabase muy seria y estudiaba unos instantes cada una de las bellezas que le transmitía Paquerette.

Esta, terminada la obra, ha retrocedido algunos pasos para juzgar mejor el efecto. Luego, satisfecha, ha exclamado:

—¡Ah! hijita mía, no tienes más que quince años.

Lorenza le ha dirigido una sonrisa. Ambas procedían de buena fe; admiraban con toda franqueza, sin que, ni por soñación, dudasen del milagro realizado. Tan sólo entonces se han acordado de

mí. La joven, orgullosa con sus quince años, se ha acercado a besarme, queriendo ofrecerme la virginidad de su juventud de una noche. Sus hombros descubiertos despedían ese olor fresco y soso de la persona que sale del baño. Al contacto de aquellos labios fríos y húmedos con el colorete, me he estremecido de repugnancia.

—Acuérdate de mí, niñita mía—ha dicho Paquerette al retirarse.—A las viejas nos gustan los dulces.

Una vez solos, hemos tenido que esperar aún dos largas horas. No recuerdo aburrimiento más grande. Aquella espera de un placer que me repugnaba, ocultaba un no sé qué de doloroso, y las impacencias de Lorenza retrasaban más aun para mí el lento andar de los minutos.

Habíase sentado en la cama, con su traje de raso color de rosa con lentejuelas doradas; aquellos oropeles producían rarísimo efecto al destacarse sobre el ahumado papel de la habitación.

La lámpara se apagaba, y el silencio era sólo interrumpido por la lluvia que azotaba los vidrios.

Hermanos, ignoro si el fondo de mi alma abriga algún sentimiento vergonzoso; sea como sea, quiero confesároslo a vosotros, que debéis conocer mi carácter por completo: en presencia de aquella mujer, abandonado por mis caros pensamientos de cada día, me he visto deseando a Lorenza joven y hermosa; he deseado poder cambiar ese chiribitil por misterioso retiro, provisto de cuanto la voluptuosidad más refinada puede apetecer. Y entonces podría dar satisfacción a los ensueños de mis horas tristes. Lo que me repugnaba no era ya el vicio, sino la fealdad y la miseria.

He ido por último en busca de un carruaje y hemos partido. A pesar de lo avanzado de la noche, las calles rebosaban de ruidos y de resplandores. Estrepitosas carcajadas en cada esquina,

grupos de borrachos y de mujercuelas en cada taberna. Nada parecía más odioso a la vista que aquel pueblo arrastrándose en el lodo, codeándose al son de los estribillos de las canciones más obscenas. Lorenza, inclinada sobre la portezuela, se reía como una infeliz de regocijo tan grosero; interpelaba a los transeuntes, buscando el modo de zaherir, dichosa con poder lanzarse a esa guerra de palabras soeces que se hacen las máscaras entre sí.

Como yo permaneciese mudo:

—Pero, ¿qué haces?—me ha preguntado.—¿Es que me llevas al baile para dormir?

Entonces me he inclinado también, buscando alguien a quien insultar. De buena gana habría alzado el puño contra cualquiera de aquellos brutos a quienes regocijaba tamaño espectáculo.

Frente a mí, en la acera, se hallaba un joven, buen mozo y con el pecho al descubierto.

Un círculo de gente bromista le rodeaba, aplaudiendo cada una de sus blasfemias. Yo me sentía fuera de mí; le he amenazado con la mirada y le he lanzado al paso cuanto podía encontrar de más ofensivo.

—¿Y tu mujer?—me ha gritado.—Echala un poquitín al suelo, para que podamos palparla.

La tranquila grosería de aquel hombre ha trocado mi cólera en inexplicable tristeza. He levantado el cristal de la portezuela y apoyado la frente en la humedad, dejando que Lorenza continuase gozando de su triste placer.

Sentíame como mecido en los gritos de la muchedumbre y en el sordo rodar del coche; con la indecisa vista del ensueño veía a los transeuntes correr detrás de mí, extravagantes sombras que se agigantaban y se desvanecían sin ofrecer sentido alguno a mi espíritu. Y en aquel barullo, en aquella brusca sucesión de claridades y de sombras, me

acuerdo de haberlo olvidado todo por un instante, al mirar, entre los adoquines, los charcos de agua y de barro, sobre los cuales las luces de las tiendas lanzaban rápidos reflejos.

Y de este modo hemos llegado a la sala de baile.

Hasta mañana, hermanos. No lo puedo decir todo en un día.

XII

¡Oh, mis recuerdos, compañeros fieles, no puedo dar un paso en este mundo sin que os alcéis ante mí!

Cuando, llevando a Lorenza del brazo, desde lo alto de una galería, lance una rápida mirada en torno a la sala, rebosante de ruidos y de luz, volví a ver, en visión repentina y dolorosa, la era empedrada de guijarros, donde bailaban las muchachas de Provenza, por la tarde al son del pífanos y del tamboril... Las campesinas (no las de nuestros sueños, las que tenían rostros y corazones de reinas), sino las pobres criaturas a quienes aquella ardiente tierra agosta prematuramente, nos parecían no saltar con pesadez, lanzándonos una estúpida risa al pasar. Nuestros ojos se cerraban a toda realidad. Más allá de los horizontes distinguíamos inmensos palacios, salas con pavimento de mármol, con elevadas y doradas bóvedas, hinchidas de toda una multitud de mujeres jóvenes que se agitaban en seductora armonía, en una nube de encaje constelado de diamantes. Eramos en realidad niños grandes. Hoy las campesinas quedan vengadas de nuestros desdenes.

Desde la galería en que me encontraba, veía una especie de sala oblonga, bastante espaciosa, adornada con pinturas y dorados descoloridos. Un tenue polvillo, levantado por los pies de los danzantes, subía con lentitud del pavimento, como una neblina, y se condensaba en la bóveda. Las llamas del gas destacaban resplandecientes en aquella densa nube; todo allí adquiriría una apariencia de vaguedad, un extraño color de cobre viejo.

En el fondo, bailaba un espantoso torbellino de criaturas que no era posible distinguir; la furia de sus movimientos parecía comunicarse al ambiente condensado y nauseabundo; en aquella oscilación, creía yo ver agitarse las paredes y dar vueltas con la muchedumbre. Un clamoreo penetrante, acompañado de una especie de rodar continuo, dominaba la orquesta.

No podría narraros mi impresión primera en aquel sitio, en donde toda cosa vivía para mí con vida particular y desconocida. Los ruidos que parecían aullar, risas sonoras estallando en sollozos, las luces con rojos resplandores, los pavorosos movimientos de locura, los olores agrios y sofocantes, todo llegaba hasta mí en sensación aguda que henchía mi ser de vago espanto, al que se mezclaba voluptuosidad dolorosa. No podía reír, porque sentía apretada la garganta, y sin embargo, no me era posible apartar la cabeza, gozando en mi sufrimiento con penosa alegría.

Hoy comprendo el atractivo de tan ardientes noches. En los primeros días se estremece uno, y se niega al terrible júbilo; viene luego la embriaguez, y, perdida la cabeza, nos dejamos ir al abismo. Las almas vulgares pronto quedan dominadas. Las que tienen el valor de sus ensueños—¿me atreveré, hermanos, a contarme entre ellas?—se rebelan, y, en su franqueza, echan de menos los

aíres de Provenza, donde las toscas campesinas bailan en la noche fresca y transparente.

Desde la galería en que estábamos, no podíamos ver sino el conjunto de la escena. Fuímonos abajo, por escaleras y corredores estrechos y oscuros. Llegados a la platea, nos vimos precisados a seguir un angosto paso entre las paredes y las parejas de baile. Todo deseo desapareció, y no me quedó más que repugnancia. Las mujeres se hallaban vestidas de pingajos de seda en jirones, con lentejuelas de cobre ennegrecido; sus hombros chorreaban de sudor; el afeite, en extensas lagunas y largos surcos, enrojecía y azulaba el cutis.

Una de ellas, con el rostro inflamado y la voz enronquecida, se volvió hacia mí, gesticulando y dando gritos. ¡Qué cara tan fea y tan extraña! Se me aparecerá en mis pesadillas.

No recuerdo haberme fijado en los hombres. Creo que la mayor parte estaban tiesos e inmóviles, mirando con gran sosiego los desordenados brincos de las mujeres. No podría decir qué clase de gente era aquella, ni si parecía que comprendiesen toda su necedad.

Cansando ya y sintiendo que la cabeza se me partía para llegar a una mesa, arrastrando siempre a Lorenza. Nos sentamos, y tomé lo que nos sirvieron, estudiando de cerca a mi compañera.

Lorenza, al entrar, había sonreído, estremeciéndose de satisfacción y aspirando con todos sus pulmones el aire aquel viciado, tan seductor a sus labios. Mas en breve su sonrisa quedó desvanecida, volviendo a adquirir su semblante taciturno. A veces, alargaba el brazo y tocaba con la mano a una mujer, a un hombre que pasaban. Entonces la sonrisa la aparecía unos segundos, y en seguida volvía a desaparecer. Medio retrepada en la silla y con los pies apoyados en un banquillo, balanceábase con lentitud, dirigiendo la vista a la pla-

tea, con atención y con fastidio a la vez. Paseaba sus miradas de grupo en grupo, silenciosa, volviendo la cabeza a cada nuevo ruido, como si quisiese no dejar que nada se le escapase. Mas era tanto el cansancio de su atención, que al ver su pálida y dolorida faz, me preguntaba yo qué singular placer podía experimentar para manifestarlo tan poco.

En dos ocasiones, creyendo que mi presencia la podría molestar, le dije que me dejara, si tal era su gusto, para ir con sus amigas y bailar en completa libertad.

—¿Y para qué voy a levantarme?—me contestó con toda calma.—Me encuentro bien, estoy contenta. ¿Estás cansado de tenerme al lado tuyo?

Y de este modo pasamos cinco horas mano a mano, en un ángulo de la sala, yo dibujando, sin percatarme de ello, monigotes en el mármol de la mesa, con algunas gotas de licor caídas de un frasco, y ella conservando una gravedad y un silencio desesperantes, con las manos cruzadas sobre la falda, que mantenían tirante sus rodillas apartadas.

Acabé por no darme cuenta de lo que pasaba en torno mío. El baile tocaba a su fin y yo cada vez me sentía más falto de respiración. Esta es la única y última sensación de que guardo memoria. Cuando el galop final me sacó de aquella especie de estupor profundo, vi que Lorenza se levantaba; lanzó una palabrota y dió un puntapié al banquillo que se había enredado en sus faldas; luego me tomó el brazo y dimos la última vuelta por el salón antes de salir. En el umbral, Lorenza se volvió bostezando y dirigiendo una mirada postrera al desgredado grupo de danzantes que vociferaban en medio de un alboroto horroroso.

Al poner el pie en la calle, un viento glacial que me azotó el rostro me produjo una sensación deliciosa. Sentíme renacer al bien, a la vida libre

y enérgica; disipóse la embriaguez, y, bajo la lluvia sutil de diciembre, gocé un instante de voluptuosidad, arrojando de mí todas las repugnancias de aquella ardorosa noche. Pude penetrarme de las miserias de que me apartaba, y habría querido vagar por las calles, dejando que el agua helada se deslizase en mi interior para que renovase mi ser.

Lorenza tiritaba al lado mío. Habíase atado el pañuelo sobre los desnudos hombros; no osando ayenturarse, miraba desesperada el sombrío cielo y los arroyuelos que inundaban las aceras. La pobre muchacha no tenía que esperar de aquel cielo de invierno sino alguna pulmonía.

Quedábanme dos francos; corrí a tomar un fiacre, en el que hice subir a Lorenza, la cual se acurrucó en uno de los rincones, donde se mantuvo silenciosa, sin cesar de tiritar. Veíala yo, a mi izquierda, como una blanca sombra desvanecida. A veces, una gota de lluvia detenida en su vestido, rodaba hasta mi mano.

Al cabo de un instante, apoderóse de mí una especie de postración, y el sueño cerró mis ojos.

En aquella somnolencia, parecíame oír el estruendo del baile; los vaivenes del coche me levantaban en alto como en baile furioso, y los ejes, chirriando agudamente, entonaban raros acordes, que durante toda la noche zumbaron en mis oídos. Cuando, febril y obsesionado, abría los párpados, miraba estúpidamente las paredes de aquella caja que parecía llena de charangas y de tumulto. Después sentía un agudo frío, y recordaba, encontrando junto a mi mano la mano helada de Lorenza. Fuera, la lluvia caía y las vacilantes luces huían con rapidez.

El cansancio prevalecía, y nuevamente sentíame arastrado en medio de ruedas de baile gigantescas, que se renovaban sin cesar. Hoy me parece

recordar vagamente había bailado así durante horas y horas. Hallábame clavado a un banquillo, al lado una mujer que temblaba de frío, y, sin saber de qué manera, daba vueltas en una especie de caja que rodaba con estruendo al fondo de un abismo glacial.

Una vez en mi cuarto, y en tanto que Lorenza se quitaba el traje, eché en la chimenea toda la leña que me quedaba. Después me apresuré a meterme en la cama, dichoso como un niño al encontrarme, en mi miseria, contemplando con amor las grandes claridades y las grandes sombras que las llamas del hogar hacían subir por las paredes.

La tranquilidad había vuelto a mi ser desde el punto y hora en que me encontré en el umbral de aquella habitación apartada; con la cabeza sobre la almohada, sosegado, casi sonriente, fijaba la vista en mi compañera, que, pensativa ante el fuego, se iba despojando, una a una, de las prendas de su ropa.

No tardó en venir a sentarse a mis pies al borde de la cama. Rompiendo por último el silencio que había guardado hasta entonces, se puso a hablar con volubilidad.

Envuelta en la camisa, con las piernas dobladas y juntas las manos atrayendo las rodillas, reíse como una descosida, echando la cabeza atrás. No parecía sino que se daba prisa en dar suelta a todas las palabras, a todos los regocijos que había reunido.

Durante cerca de una hora me estuvo hablando de los mil incidentes del baile. Todo lo había visto, lo había oído todo. Eran exclamaciones sin término, repentinas alegrías, recuerdos comprimidos y tumultuosos. Un caballero había resbalado de esta manera, una señora había renegado de tal otra; Juana llevaba un traje de lechera, que le sentaba que era un primor; Luisa estaba horroroso-

sa vestida de escocesa; y en cuanto a Eduardo, con seguridad había empeñado el reloj aquella misma mañana.

Y no acababa de hablar, recordando siempre algún incidente nuevo, y repitiendo diez veces el mismo detalle antes que guardar silencio. Después, como el frío se apoderaba de ella, tomó por último el partido de meterse entre sábanas. Aseguróme que en su vida se había divertido tanto en el baile, y me hizo jurar que volviera a llevarla en cuanto me fuera posible. De este modo acabó por dormirse, sin dejar de hablarme y riendo en su sueño.

Aquel brusco despertar, aquella fiebre de palabras, me admiraron sobremanera. No puede ni puedo explicarme todavía la frialdad la indolencia de aquella muchacha, en medio del tumulto de la noche, y sus carcajadas de alegría, sus charlas por la mañana, en nuestra habitación triste y muda. ¿Para qué arrancarme la promesa de llevarla, tan a menudo como me fuese posible, a esos bailes donde se reía y bailaba tan poco? Por otra parte, si obraba de buena fe, ¿qué significaba aquella alegría singular que se manifestaba por medio del silencio y del mal humor, y que estallaba más adelante en risotadas groseras y voluptuosas?

¡Desconocido mundo de la carne y de las pasiones infames, donde tropiezo con extrañezas a cada paso! No me atrevo aún a registrar todas esas miserias, ese pecho de mujer, frío en sus deseos, postrado y dormido en sus alegrías. Créfala salvada y me vuelve más terrible, más impenetrable que nunca.

XIII

Os quejáis de mi silencio, os inquietáis y me preguntáis qué nuevas tristezas hacen que la pluma se me caiga de los dedos.

Hermanos, son nuestras ridículas imaginaciones de niño que se disipan una tras otra. Este adiós a las esperanzas de la juventud, lleva consigo, en su saludable rudeza, profundas amarguras. Siento que me hago hombre, y lloro mis debilidades que se van, en tanto que siento gran orgullo por las fuerzas que me llegan.

¡Qué necia sería la juventud si no fuera por su hermosa ingenuidad! Las boberías en los labios del niño son una encantadora ignorancia, de que los hombres se regocijan con dulzura. Apenas hace un mes, era yo todavía un tonto y os hablaba candorosamente de la redención de las jóvenes. Con seguridad que, al oirme, un viejo habría sonreído de la mejor gana, a la vez que habría destinado la sonrisa al alma joven que tenía fe en toda perfección, y dirigido la ironía al absurdo muchacho que intentaba atrevidamente renovar el milagro que tan sólo Jesús pudo realizar.

¡Basta de mentiras! La verdad brutal tiene ex-

trañas dulzuras para aquellos a quienes atormenta el problema de la vida; cansados están de esas esperanzas que legan las madres a los niños, y que, tardas en disiparse, se abandonan una a una, prolongando su martirio. Por mi parte, aun cuando debiese sufrir todas mis amarguras en un solo día, preferiría ver claro en este mudo de corrupción, en que he venido a caer.

Es indudable que se han visto grandes arrepentidas. Mujeres de inmensos amores han dado a veces a un solo ser el corazón que repartían entre todos, y entonces han sido perdonadas. Mas estos son los milagros; las leyes comunes quieren que los corazones repartidos se dispersen en el camino y que los pedazos no puedan verse reunidos en la hora suprema.

Escuchadme, hermanos; cuando la Magdalena se arrastre a vuestros pies, maldiciendo sus pasados errores y prometiéndos una nueva juventud de amor, no la creáis. El cielo se muestra avaro de prodigios. La Providencia raras veces pone trabas a nuestras fatalidades. Decíos que el mal es poderoso, y que en este mundo la mentira no se convierte en verdad para el solo alivio de una pobre alma que padece. Rechazad a la Magdalena, negad su corazón y sus lágrimas y burláos de toda redención. Esta es la sabiduría.

Siento que la experiencia viene a mí.

Lorenza es un alma manchada para siempre, una inteligencia perdida, una criatura dormida hasta tal punto, que ninguna quemadura sería capaz de despertarla del sueño que duerme en el cieno. Aunque macerarse su carne, y destruyese sus huesos a fuerza de golpes; aunque hablase a su corazón y alzase con mis besos sus párpados aplomados... permanecería siempre allí, a mis pies, acurrucada, sin un estremecimiento, sin un grito de dolor o de alegría.

A veces me asaltaban deseos de gritarle:

—Levántate y démonos de golpes; despiértate y grita y blasfema; haciéndome padecer hazme ver que vives aún.

Ella me mira con sus apagados ojos. Retrocedo espantado y no me atrevo a hablar. Lorenza está muerta, muerta de corazón y de espíritu. Nada tengo que hacer con un cadáver.

Hermanos, ya no me queda la menor esperanza; no quiero preocuparme más por esa joven. Ha rechazado mi vida de trabajo y yo no he podido aceptar la suya de intemperancia y escándalo; el ensueño tenía su asiento muy en lo alto, y la realidad me ha parecido un abismo. Me detengo y espero. ¿Qué? Lo ignoro.

No tengo para qué justificarme ante vosotros. Sé que veis con claridad mi alma y que os explicais mis actos como ideas de justicia y de deber. Tenéis más confianza en mí de la que yo me atrevo a tener en mí mismo.

A veces me interrogo y me juzgo como sin duda me juzgan los transeuntes con quienes me co-deo en esta vida; espántome de ese vicio que me rodea sin envenenarme, de esta mujer que duerme a mi lado, sin ser mi compañera. Desesperado entonces, ganas me dan de hacer lo que los demás harían, esto es, coger a Lorenza por los hombros y ponerla en el arroyo, donde la he encontrado. Allí caería tan desnuda, tan desolada, llevando en la frente la misma miseria y la misma infamia. Y, en cuanto a mí, cerraría mi puerta tranquilamente, no habiéndole robado nada, no debiéndole nada. La conciencia es ancha; personas hay que poseen la ciencia de permanecer honradas haciéndose cobardes y crueles.

Lorenza se me impone con toda la fuerza de su abandono. Aquí permanece, tranquila y pasiva. Con todo, no puedo arrojarla a la calle. Mi po-